

The book cover features a textured, aged paper background with a warm color palette of oranges, yellows, and greens. Large, stylized floral or citrus-like motifs are faintly visible, including a prominent orange slice in the lower right and a green leaf. The text is centered and rendered in a classic serif font.

Arthur Conan Doyle

Las Cinco
Semillas de
Naranja

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS CINCO SEMILLAS DE NARANJA

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1891
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

Cuando repaso mis notas y registros de los casos de Sherlock Holmes entre los años 1882 y 1890, me encuentro con tantos que presentan características extrañas e interesantes que no es fácil saber cuáles elegir y cuáles dejar. Algunos, sin embargo, ya han obtenido publicidad a través de los periódicos, y otros no han ofrecido un campo para esas cualidades peculiares que mi amigo poseía en tan alto grado, y que es el objeto de estos trabajos ilustrar. Algunos, también, han desconcertado su habilidad analítica, y serían, como narraciones, comienzos sin un final, mientras que otros han sido aclarados sólo parcialmente, y tienen sus explicaciones fundadas más bien en conjeturas y suposiciones que en esa prueba lógica absoluta que era tan querida por él. Sin embargo, hay uno de estos últimos que fue tan notable en sus detalles y tan sorprendente en sus resultados, que me siento tentado a dar cuenta de él a pesar del hecho de que hay puntos en relación con él que nunca han sido, y probablemente nunca serán, totalmente aclarados.

El año 87 nos proporcionó una larga serie de casos de mayor o menor interés, de los que conservo los registros. Entre mis epígrafes de estos doce meses encuentro un relato de la aventura de la Cámara Paradol, de la Sociedad de Mendicantes Aficionados, que celebraba un lujoso local en la cámara baja de un almacén de muebles, de los hechos relacionados con la pérdida de la barca británica Sophy Anderson, de las singulares aventuras de los Grice Paterson en la isla de Uffa, y finalmente del caso de envenenamiento de Camberwell. En este último, como se recordará, Sherlock Holmes pudo demostrar, dando cuerda al reloj del muerto, que se le había dado cuerda dos horas antes y que, por lo tanto, el fallecido se había ido a la cama en ese tiempo, una deducción que fue de la mayor importancia para aclarar el caso. Todo esto lo podré esbozar en una fecha futura, pero ninguno de ellos presenta características tan singulares como la extraña serie de circunstancias que ahora tomo la pluma para describir.

Eran los últimos días de septiembre, y los vendavales equinocciales se habían desatado con una violencia extraordinaria. Durante todo el día el viento había chillado y la lluvia había golpeado contra las ventanas, de modo que incluso aquí, en el corazón del gran Londres artesanal, nos vimos obligados a levantar la cabeza por un instante de la rutina de la vida y a reconocer la presencia de esas grandes fuerzas elementales que chillan a la humanidad a través de los barrotes de su civilización, como bestias indómitas en una jaula. A medida que caía la tarde, la tormenta era cada vez más

fuerte, y el viento lloraba y sollozaba como un niño en la chimenea. Sherlock Holmes se sentó con mal humor a un lado de la chimenea para revisar sus registros de crímenes, mientras que yo, al otro lado, me sumergí en una de las bellas historias de mar de Clark Russell, hasta que el aullido del vendaval que venía de fuera pareció mezclarse con el texto, y el chapoteo de la lluvia se alargó hasta convertirse en el largo oleaje del mar. Mi mujer estaba de visita en casa de su madre, y durante unos días volví a vivir en mi antigua casa de Baker Street.

"Vaya", dije, mirando a mi compañero, "seguramente era la campanilla. ¿Quién podría venir esta noche? ¿Algún amigo suyo, quizás?"

"Salvo usted, no tengo ninguno", respondió. "No aliento a las visitas".

"¿Un cliente, entonces?"

"Si es así, es un caso serio. Nada menos que un hombre que sale en tal día y a tal hora. Pero entiendo que es más probable que sea algún amigo de la propietaria".

Sin embargo, Sherlock Holmes se equivocó en su conjetura, porque se oyó un paso en el pasillo y un golpeteo en la puerta. Extendió su largo brazo para apartar la lámpara de sí mismo y dirigirla hacia la silla vacía en la que debía sentarse el recién llegado.

"¡Entre!", dijo.

El hombre que entró era joven, de unos veinticinco años de edad, bien arreglado y bien vestido, con algo de refinamiento y delicadeza en su porte. El paraguas que sostenía en la mano y su largo y brillante impermeable indicaban el feroz clima por el que había pasado. Miró ansiosamente a su alrededor bajo el resplandor de la lámpara, y pude ver que su rostro estaba pálido y sus ojos pesados, como los de un hombre agobiado por una gran ansiedad.

"Le debo una disculpa", dijo, levantando sus gafas doradas sobre los ojos. "Confío en que no sea una intromisión. Me temo que he traído algunos rastros de la tormenta y la lluvia a su acogedora habitación".

"Déme su abrigo y su paraguas", dijo Holmes. "Pueden descansar aquí en el gancho y se secarán enseguida. Veo que ha venido desde el suroeste".

"Sí, desde Horsham".

"Esa mezcla de arcilla y tiza que veo en las puntas de sus pies es muy característica".

"He venido a pedir consejo".

"Eso es fácil de conseguir".

"Y ayuda".

"Eso no siempre es tan fácil".

"He oído hablar de usted, Sr. Holmes. Escuché del Mayor Prendergast cómo lo salvó en el escándalo del Club Tankerville".

"Ah, por supuesto. Le acusaron injustamente de hacer trampas a las cartas".

"Dijo que usted podía resolver cualquier cosa".

"Dijo demasiado".

"Que nunca te ganan".

"Me han golpeado cuatro veces: tres por hombres y una por una mujer".

"¿Pero qué es eso comparado con el número de tus éxitos?"

"Es cierto que generalmente he tenido éxito".

"Entonces puede ser así conmigo".

"Le ruego que acerque su silla al fuego y me facilite algunos detalles sobre su caso".

"No es un caso ordinario".

"Ninguno de los que vienen a mí lo es. Soy el último tribunal de apelación".

"Y sin embargo, me pregunto, señor, si en toda su experiencia ha escuchado alguna vez una cadena de acontecimientos más misteriosa e inexplicable que los que han ocurrido en mi propia familia".

"Me llena usted de interés", dijo Holmes. "Le ruego que nos exponga los hechos esenciales desde el principio, y después podré interrogarle sobre los detalles que me parezcan más importantes."

El joven levantó su silla y acercó sus pies mojados al fuego.

"Mi nombre", dijo, "es John Openshaw, pero mis propios asuntos tienen, por lo que puedo entender, poco que ver con este horrible asunto. Es un asunto hereditario; así que para darles una idea de los hechos, debo remontarme al comienzo del asunto.

"Deben saber que mi abuelo tenía dos hijos: mi tío Elias y mi padre Joseph. Mi padre tenía una pequeña fábrica en Coventry, que amplió en la época de la invención de la bicicleta. Fue el titular de la patente del neumático irrompible Openshaw, y su negocio tuvo tanto éxito que pudo venderlo y jubilarse con una bonita suma de dinero.

"Mi tío Elias emigró a América cuando era joven y se convirtió en un plantador en Florida, donde se dice que le fue muy bien. En la época de la guerra luchó en el ejército de Jackson, y después bajo el mando de Hood, donde llegó a ser coronel. Cuando Lee depuso las armas, mi tío regresó a su plantación, donde permaneció durante tres o cuatro años. Hacia 1869 o 1870 regresó a Europa y adquirió una pequeña finca en Sussex, cerca de Horsham. Había hecho una fortuna muy considerable en los Estados Unidos, y la razón por la que los abandonó fue su aversión a los negros y su disgusto por la política republicana de extenderles el derecho de voto. Era un hombre singular, feroz y de temperamento rápido, muy malhablado cuando se enfadaba, y de un carácter muy retraído. Durante todos los años que vivió en Horsham, dudo que alguna vez pisara la ciudad. Tenía un jardín y dos o tres campos alrededor de su casa, y allí hacía ejercicio, aunque a menudo durante semanas no salía de su habitación. Bebía mucho brandy y fumaba mucho, pero no quería ver a la sociedad y no quería tener amigos, ni siquiera su propio hermano.

"A él no le importaba; de hecho, se encaprichó de mí, porque en el momento en que me vio por primera vez yo era un jovencito de doce años, más o menos. Esto sería en el año 1878, después de haber estado ocho o nueve años en Inglaterra. Le rogó a mi padre que me dejara vivir con él y fue muy amable conmigo a su manera. Cuando estaba sobrio, le gustaba jugar conmigo al backgammon y a las damas, y me hacía su representante tanto con los criados como con los comerciantes, de modo que a los dieciséis años ya era el dueño de la casa. Tenía todas las llaves y podía ir a donde quisiera y hacer lo que quisiera, siempre que no le molestara en su intimidad. Sin embargo, había una excepción singular, pues tenía una sola habitación, un trastero entre los desvanes, que siempre estaba cerrado con llave y en el que

nunca nos permitía entrar ni a mí ni a nadie. Con la curiosidad de un niño me he asomado por el ojo de la cerradura, pero nunca pude ver más que una colección de viejos baúles y fardos como cabría esperar en una habitación así.

"Un día -fue en marzo de 1883- una carta con un sello extranjero yacía en la mesa frente al plato del coronel. No era habitual que recibiera cartas, ya que todas sus facturas estaban pagadas con dinero contante y sonante, y no tenía amigos de ningún tipo. De la India -dijo al cogerla-, con matasellos de Pondicherry. ¿Qué puede ser esto? Al abrirlo apresuradamente, saltaron cinco pepitas de naranja secas, que cayeron sobre su plato. Comencé a reírme de esto, pero la risa se me quitó de los labios al ver su cara. Se le había hundido el labio, tenía los ojos desorbitados, la piel del color de la masilla, y miraba el sobre que aún sostenía en su mano temblorosa. "¡K.K.K.!", gritó, y luego, "¡Dios mío, Dios mío, mis pecados me han alcanzado!

" '¿Qué es, tío?', grité.

" 'La muerte', dijo, y levantándose de la mesa se retiró a su habitación, dejándome palpitando de horror. Cogí el sobre y vi garabateada con tinta roja en la solapa interior, justo encima de la goma, la letra K tres veces repetida. No había nada más, salvo las cinco pepitas secas. ¿Cuál podía ser la razón de su terror desbordante? Dejé la mesa del desayuno, y al subir la escalera me encontré con él bajando con una vieja llave oxidada, que debía de pertenecer al desván, en una mano, y una pequeña caja de latón, como una caja de caudales, en la otra.

"Pueden hacer lo que quieran, pero yo les daré jaque mate", dijo con un juramento. Dígale a Mary que hoy quiero un fuego en mi habitación, y envíe a Fordham, el abogado de Horsham".

"Hice lo que me ordenó, y cuando el abogado llegó me pidió que subiera a la habitación. El fuego ardía intensamente, y en la rejilla había una masa de cenizas negras y blandas, como de papel quemado, mientras la caja de latón permanecía abierta y vacía a su lado. Al mirar la caja me di cuenta, con un sobresalto, de que en la tapa estaba impresa la triple K que había leído por la mañana en el sobre.

"Deseo, John -dijo mi tío-, que seas testigo de mi testamento. Dejo mi patrimonio, con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes, a mi her-

mano, tu padre, de donde, sin duda, descenderá a ti. Si puedes disfrutarla en paz, ¡bien! Si ves que no puedes, sigue mi consejo, muchacho, y déjalo en manos de tu enemigo más letal. Lamento darte una cosa de tan doble filo, pero no puedo decir qué giro van a tomar las cosas. Tenga la amabilidad de firmar el papel donde el Sr. Fordham le indique".

"Firmé el papel como se me indicó, y el abogado se lo llevó. El singular incidente me causó, como usted puede pensar, la más profunda impresión, y reflexioné sobre él y le di todas las vueltas en mi mente sin poder sacar nada en claro. Sin embargo, no pude deshacerme de la vaga sensación de temor que me dejó, aunque la sensación se hizo menos aguda a medida que pasaban las semanas y no ocurría nada que perturbara la rutina habitual de nuestras vidas. Sin embargo, pude ver un cambio en mi tío. Bebía más que nunca, y estaba menos dispuesto a cualquier tipo de sociedad. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, con la puerta cerrada por dentro, pero a veces salía en una especie de frenesí de embriaguez e irrumpía en la casa y recorría el jardín con un revólver en la mano, gritando que no temía a nadie y que no debía ser encerrado, como una oveja en un corral, por el hombre o el diablo. Sin embargo, cuando estos arrebatos terminaban, se abalanzaba tumultuosamente sobre la puerta y la cerraba con llave tras de sí, como un hombre que ya no puede hacer frente al terror que le invade el alma. En esos momentos he visto su rostro, incluso en un día frío, brillar de humedad, como si estuviera recién salido de una palangana.

"Bien, para acabar con el asunto, señor Holmes, y para no abusar de su paciencia, hubo una noche en la que hizo una de esas salidas de borrachera de las que nunca volvió. Cuando fuimos a buscarlo, lo encontramos boca abajo en un pequeño estanque cubierto de espuma verde que había al pie del jardín. No había señales de violencia y el agua no tenía más que medio metro de profundidad, de modo que el jurado, teniendo en cuenta su conocida excentricidad, emitió un veredicto de "suicidio". Pero yo, que sabía cómo se estremecía ante la sola idea de la muerte, me costó mucho convencerme de que se había desviado de su camino para encontrarla. Sin embargo, el asunto pasó y mi padre entró en posesión de la finca y de unas catorce mil libras esterlinas, que estaban en su haber en el banco."

"Un momento", intervino Holmes, "su declaración es, preveo, una de las más notables que he escuchado jamás. Dígame la fecha de recepción de la carta por parte de su tío y la fecha de su supuesto suicidio."

"La carta llegó el 10 de marzo de 1883. Su muerte fue siete semanas después, en la noche del 2 de mayo".

"Gracias. Por favor, continúe."

"Cuando mi padre se hizo cargo de la propiedad de Horsham, a petición mía, hizo un cuidadoso examen del ático, que siempre había estado cerrado con llave. Encontramos la caja de latón allí, aunque su contenido había sido destruido. En el interior de la tapa había una etiqueta de papel, con las iniciales de K.K.K. repetidas sobre ella, y "Cartas, memorandos, recibos y un registro" escritos debajo. Suponemos que esto indicaba la naturaleza de los papeles que habían sido destruidos por el coronel Openshaw. Por lo demás, no había nada de gran importancia en el desván, salvo un gran número de papeles y cuadernos dispersos relacionados con la vida de mi tío en América. Algunos de ellos eran de la época de la guerra y demostraban que había cumplido bien con su deber y había tenido la reputación de un valiente soldado. Otros eran de la época de la reconstrucción de los estados del Sur, y se referían sobre todo a la política, ya que evidentemente había tomado parte activa en la oposición a los políticos de pacotilla que habían sido enviados desde el Norte.

"Bueno, fue a principios del 84 cuando mi padre vino a vivir a Horsham, y todo fue lo mejor que se pudo hasta enero del 85. El cuarto día después del año nuevo oí a mi padre dar un fuerte grito de sorpresa mientras estábamos sentados juntos en la mesa del desayuno. Allí estaba, sentado con un sobre recién abierto en una mano y cinco pepitas de naranja secas en la palma extendida de la otra. Siempre se había reído de lo que él llamaba mi historia de tonterías sobre el coronel, pero parecía muy asustado y desconcertado ahora que le había ocurrido lo mismo.

"¿Por qué, qué diablos significa esto, John?", tartamudeó.

"Mi corazón se había vuelto de plomo. Es K.K.K.', dije.

"Miró dentro del sobre. 'Así es', gritó. Aquí están las mismas cartas. ¿Pero qué es lo que está escrito encima de ellas?

" 'Pon los papeles en el reloj de sol', leí, espiando por encima de su hombro.

" '¿Qué papeles? ¿Qué reloj de sol?', preguntó.

"El reloj de sol del jardín. No hay otro", dije, "pero los papeles deben ser los que se destruyeron".

"¡Pooh!", dijo él, agarrando con fuerza su valor. Estamos en una tierra civilizada, y no podemos permitir este tipo de tonterías. ¿De dónde viene esta historia?

"De Dundee", respondí, mirando el matasellos.

"Una broma absurda", dijo. ¿Qué tengo yo que ver con relojes de sol y papeles? No voy a hacer caso de esas tonterías".

"Ciertamente, hablaría con la policía", dije.

"Y se reirían de mí por mis problemas. Nada de eso".

"Entonces, ¿me dejas hacerlo?"

"No, te lo prohíbo. No quiero que se arme un escándalo por semejante tontería".

"Fue en vano discutir con él, pues era un hombre muy obstinado. Sin embargo, seguí adelante con el corazón lleno de presentimientos."

"Al tercer día después de recibir la carta, mi padre salió de casa para visitar a un viejo amigo suyo, el comandante Freebody, que está al mando de uno de los fuertes de Portsdown Hill. Me alegré de que fuera, pues me parecía que estaba más alejado del peligro cuando estaba fuera de casa. Sin embargo, me equivoqué. Al segundo día de su ausencia recibí un telegrama del comandante en el que me imploraba que viniera de inmediato. Mi padre se había caído en uno de los profundos pozos de cal que abundan en los alrededores, y yacía sin sentido, con el cráneo destrozado. Me apresuré a acudir a él, pero falleció sin haber recuperado el conocimiento. Al parecer, regresaba de Fareham en el crepúsculo, y como el terreno le era desconocido y el pozo de caliza no estaba vallado, el jurado no dudó en emitir un veredicto de "muerte por causas accidentales". Aunque examiné cuidadosamente todos los hechos relacionados con su muerte, no pude encontrar nada que pudiera sugerir la idea de un asesinato. No había signos de violencia, ni marcas de pisadas, ni robos, ni constancia de que se hubieran visto extraños en los caminos. Sin embargo, no hace falta que le diga que mi mente estaba lejos de estar tranquila, y que estaba casi seguro de que se había urdido algún plan sucio en torno a él.

"De esta manera siniestra llegué a mi herencia. ¿Me preguntarás por qué no me deshice de ella? Respondo que porque estaba bien convencido de que nuestros problemas dependían en cierto modo de un incidente en la vida de mi tío, y que el peligro sería tan acuciante en una casa como en otra."

"Fue en enero del 85 cuando mi pobre padre encontró su fin, y desde entonces han transcurrido dos años y ocho meses. Durante ese tiempo he vivido felizmente en Horsham, y había empezado a esperar que esa maldición hubiera desaparecido de la familia, y que hubiera terminado con la última generación. Sin embargo, había empezado a consolarme demasiado pronto; ayer por la mañana el golpe cayó en la misma forma en que había llegado a mi padre."

El joven sacó de su chaleco un sobre arrugado y, dirigiéndose a la mesa, sacudió sobre él cinco pequeñas pepitas de naranja secas.

"Este es el sobre", continuó. "El matasellos es de Londres-división este. Dentro están las mismas palabras que aparecían en el último mensaje de mi padre: 'K.K.K.'; y luego 'Pon los papeles en el reloj de sol'."

"¿Qué has hecho?", preguntó Holmes.

"Nada."

"¿Nada?"

"A decir verdad -hundió el rostro en sus manos blancas y delgadas-, me he sentido impotente. Me he sentido como uno de esos pobres conejos cuando la serpiente se retuerce hacia él. Me parece que estoy en las garras de un mal inexorable e irreductible, contra el que no hay previsión ni precauciones".

"¡Tut! tut!" gritó Sherlock Holmes. "Debes actuar, hombre, o estás perdido. Sólo la voluntad puede salvarte. No es momento para la desesperación".

"He visto a la policía".

"¡Ah!"

"Pero han escuchado mi historia con una sonrisa. Estoy convencido de que el inspector se ha formado la opinión de que las cartas son todas bromas pesadas, y que las muertes de mis parientes fueron realmente accidentes, como declaró el jurado, y no debían relacionarse con las advertencias."

Holmes agitó sus manos apretadas en el aire. "¡Increíble imbecilidad!", gritó.

"Sin embargo, me han concedido un policía, que puede permanecer en la casa conmigo".

"¿Ha venido con usted esta noche?"

"No. Tiene órdenes de quedarse en la casa".

De nuevo Holmes despotricó en el aire.

"¿Por qué has venido a verme?", gritó, "y, sobre todo, ¿por qué no has venido en seguida?"

"No lo sabía. Hasta hoy no he hablado con el comandante Prendergast de mis problemas y me ha aconsejado que acudiera a usted."

"Hace realmente dos días que recibió la carta. Deberíamos haber actuado antes. Supongo que no tiene más pruebas que las que nos ha presentado, ningún detalle sugestivo que pueda ayudarnos".

"Hay una cosa", dijo John Openshaw. Rebuscó en el bolsillo de su abrigo y, sacando un trozo de papel descolorido y azulado, lo puso sobre la mesa. "Recuerdo -dijo- que el día en que mi tío quemó los papeles, observé que los pequeños márgenes no quemados que yacían entre las cenizas eran de este color en particular. Encontré esta única hoja en el suelo de su habitación, y me inclino a pensar que puede ser uno de los papeles que, tal vez, haya salido volando de entre los demás, y que de ese modo haya escapado a la destrucción. Más allá de la mención de las pepitas, no veo que nos ayude mucho. Yo mismo creo que es una página de algún diario privado. La escritura es, sin duda, de mi tío".

Holmes movió la lámpara y ambos nos inclinamos sobre la hoja de papel, que mostraba por su borde rasgado que, efectivamente, había sido arrancada de un libro. Llevaba por título "Marzo de 1869", y debajo aparecían las siguientes notas enigmáticas:

4°. Llegó Hudson. El mismo andén de siempre.

7°. Ponga las pepitas en McCauley, Paramore, y John Swain, de San Agustín.

9°. McCauley despejado.

10º. John Swain liberado.

12º. Visitamos Paramore. Todo bien.

"¡Gracias!" dijo Holmes, doblando el papel y devolviéndolo a nuestro visitante. "Y ahora no debe usted perder ni un instante más. No podemos tener tiempo ni siquiera para discutir lo que me ha dicho. Debe usted volver a casa inmediatamente y actuar".

"¿Qué debo hacer?"

"Sólo hay una cosa que hacer. Debe hacerse de inmediato. Debe poner este trozo de papel que nos ha mostrado en la caja de latón que ha descrito. También debe poner una nota que diga que todos los demás papeles fueron quemados por su tío, y que éste es el único que queda. Debe afirmarlo con palabras que lleven a la convicción. Una vez hecho esto, debe poner la caja sobre el reloj de sol, como se le ha indicado. ¿Entiendes?"

"Completamente."

"No pienses en la venganza, ni en nada por el estilo, por el momento. Creo que podemos obtenerla por medio de la ley; pero tenemos que tejer nuestra red, mientras que la suya ya está tejida. La primera consideración es eliminar el peligro acuciante que os amenaza. La segunda es aclarar el misterio y castigar a los culpables".

"Se lo agradezco", dijo el joven, levantándose y poniéndose el abrigo. "Usted me ha dado nueva vida y esperanza. Ciertamente, haré lo que usted me aconseja".

"No pierda ni un instante. Y, sobre todo, cuídese mientras tanto, pues no creo que pueda haber duda de que está usted amenazado por un peligro muy real e inminente. ¿Cómo se vuelve?"

"En tren desde Waterloo".

"Todavía no son las nueve. Las calles estarán llenas de gente, así que confío en que pueda estar a salvo. Sin embargo, no puedes vigilarte lo suficiente".

"Estoy armado".

"Eso está bien. Mañana me pondré a trabajar en su caso".

"¿Te veré en Horsham, entonces?"

"No, su secreto está en Londres. Es allí donde lo buscaré".

"Entonces le llamaré en un día, o en dos, con noticias sobre la caja y los papeles. Seguiré su consejo en todo momento". Nos estrechó la mano y se despidió. Afuera el viento seguía gritando y la lluvia salpicaba y golpeaba las ventanas. Esta extraña y salvaje historia parecía haber llegado a nosotros en medio de los locos elementos, arrastrados como una hoja de algas en un valle, y ahora había sido reabsorbida por ellos una vez más.

Sherlock Holmes permaneció sentado durante un rato en silencio, con la cabeza inclinada hacia delante y los ojos fijos en el rojo resplandor del fuego. Luego encendió su pipa y, echándose hacia atrás en su silla, observó los anillos de humo azul que se perseguían hasta el techo.

"Creo, Watson", comentó por fin, "que de todos nuestros casos no hemos tenido ninguno más fantástico que éste".

"Salvo, quizás, el Signo de los Cuatro".

"Bueno, sí. Salvo, tal vez, ese. Y, sin embargo, este John Openshaw me parece que camina en medio de peligros aún mayores que los de los Sholtos".

"Pero, ¿se ha formado usted", pregunté, "alguna concepción definida de cuáles son esos peligros?"

"No puede haber ninguna duda en cuanto a su naturaleza", respondió.

"Entonces, ¿qué son? ¿Quién es ese K.K.K. y por qué persigue a esta infeliz familia?"

Sherlock Holmes cerró los ojos y apoyó los codos en los brazos de su silla, con las puntas de los dedos juntas. "El razonador ideal -observó-, una vez que se le ha mostrado un solo hecho en todos sus aspectos, deduce de él no sólo toda la cadena de acontecimientos que lo han conducido, sino también todos los resultados que se derivan de él. Al igual que Cuvier podía describir correctamente a todo un animal mediante la contemplación de un solo hueso, el observador que ha comprendido a fondo un eslabón de una serie de incidentes debería ser capaz de exponer con precisión todos los demás, tanto los anteriores como los posteriores. No hemos llegado todavía a los resultados que la razón puede alcanzar por sí sola. Se pueden resolver

problemas en el estudio que han desconcertado a todos los que han buscado una solución con la ayuda de sus sentidos. Para llevar el arte, sin embargo, a su más alto nivel, es necesario que el razonador sea capaz de utilizar todos los hechos que han llegado a su conocimiento; y esto en sí mismo implica, como se verá fácilmente, una posesión de todo el conocimiento, que, incluso en estos días de educación libre y enciclopedias, es un logro algo raro. Sin embargo, no es tan imposible que un hombre posea todos los conocimientos que puedan serle útiles en su trabajo, y esto es lo que he tratado de hacer en mi caso. Si no recuerdo mal, en una ocasión, en los primeros días de nuestra amistad, usted definió mis límites de manera muy precisa."

"Sí", respondí, riendo. "Era un documento singular. La filosofía, la astronomía y la política estaban marcadas en cero, recuerdo. La botánica variable, la geología profunda en cuanto a las manchas de barro de cualquier región en un radio de cincuenta millas de la ciudad, la química excéntrica, la anatomía asistemática, la literatura sensacionalista y los registros de crímenes únicos, el violinista, el boxeador, el espadachín, el abogado y el autoenvenenador por cocaína y tabaco. Esos, creo, fueron los puntos principales de mi análisis".

Holmes sonrió ante el último punto. "Bien", dijo, "digo ahora, como dije entonces, que un hombre debe tener su pequeño ático cerebral abastecido con todos los muebles que probablemente vaya a utilizar, y el resto puede guardarlo en el trastero de su biblioteca, donde puede conseguirlo si lo necesita. Ahora bien, para un caso como el que se nos ha presentado esta noche, necesitamos ciertamente reunir todos nuestros recursos. Por favor, pásame la letra K de la Enciclopedia Americana que está en el estante a su lado. Gracias. Ahora consideremos la situación y veamos qué se puede deducir de ella. En primer lugar, podemos empezar con una fuerte presunción de que el Coronel Openshaw tenía alguna razón muy fuerte para dejar América. Los hombres de su época no cambian todos sus hábitos y cambian de buena gana el encantador clima de Florida por la vida solitaria de una ciudad de provincias inglesa. Su extremo amor por la soledad en Inglaterra sugiere la idea de que temía a alguien o a algo, por lo que podemos asumir como hipótesis de trabajo que fue el miedo a alguien o a algo lo que le llevó a abandonar América. En cuanto a lo que temía, sólo podemos deducirlo considerando las formidables cartas que recibieron él y sus sucesores. ¿Se fijó en los matasellos de esas cartas?"

"La primera era de Pondicherry, la segunda de Dundee, y la tercera de Londres".

"Desde el este de Londres. ¿Qué deduce de eso?"

"Que todas son de puertos marítimos. Que el escritor estaba a bordo de un barco".

"Excelente. Ya tenemos una pista. No cabe duda de que la probabilidad - la fuerte probabilidad- es que el escritor estuviera a bordo de un barco. Y ahora consideremos otro punto. En el caso de Pondicherry, transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su cumplimiento, en Dundee fueron sólo unos tres o cuatro días. ¿Sugiere eso algo?"

"Una mayor distancia a recorrer".

"Pero la carta también tenía una mayor distancia que recorrer".

"Entonces no veo el punto."

"Hay al menos una presunción de que el barco en el que el hombre o los hombres se encuentran es un barco de vela. Parece que siempre envían su singular aviso o señal antes de partir en su misión. Ya veis la rapidez con la que la hazaña siguió a la señal cuando vino de Dundee. Si hubieran venido de Pondicherry en un barco de vapor habrían llegado casi tan pronto como su carta. Pero, de hecho, transcurrieron siete semanas. Creo que esas siete semanas representaron la diferencia entre el barco correo que trajo la carta y el velero que trajo al escritor."

"Es posible".

"Más que eso. Es probable. Y ahora ves la urgencia mortal de este nuevo caso, y por qué insté al joven Openshaw a la precaución. El golpe siempre ha caído al final del tiempo que los remitentes tardarían en recorrer la distancia. Pero éste viene de Londres, y por lo tanto no podemos contar con la demora".

"¡Dios mío!" grité. "¿Qué puede significar esta implacable persecución?"

"Los papeles que Openshaw llevaba son evidentemente de vital importancia para la persona o personas del velero. Creo que está bastante claro que debe haber más de uno. Un solo hombre no podría haber llevado a cabo dos muertes de tal manera como para engañar a un jurado de instrucción."

Deben haber sido varios, y deben haber sido hombres con recursos y determinación. Sus papeles son los que pretenden tener, sea quien sea el poseedor de ellos. De este modo, ya ves que K.K.K. deja de ser las iniciales de un individuo y se convierte en la insignia de una sociedad."

"¿Pero de qué sociedad?"

"¿Nunca ha...?", dijo Sherlock Holmes, inclinándose hacia delante y bajando la voz, "¿nunca ha oído hablar del Ku Klux Klan?"

"Nunca lo he hecho".

Holmes pasó las hojas del libro sobre su rodilla. "Aquí está", dijo en seguida:

"Ku Klux Klan. Un nombre derivado de la extravagante semejanza con el sonido producido al amartillar un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue formada por algunos ex soldados confederados en los estados del Sur después de la Guerra Civil, y rápidamente formó ramas locales en diferentes partes del país, especialmente en Tennessee, Luisiana, las Carolinas, Georgia y Florida. Su poder se utilizó con fines políticos, principalmente para aterrorizar a los votantes negros y asesinar y expulsar del país a quienes se oponían a sus opiniones. Sus atropellos solían ir precedidos de una advertencia enviada al hombre marcado en alguna forma fantástica pero generalmente reconocida: una ramita de hojas de roble en algunas partes, semillas de melón o pepitas de naranja en otras. Al recibirla, la víctima podía abjurar abiertamente de sus costumbres anteriores o huir del país. Si se atrevía a salir, la muerte le sobrevinía indefectiblemente, y por lo general de una manera extraña e imprevista. La organización de la sociedad era tan perfecta, y sus métodos tan sistemáticos, que apenas hay constancia de un caso en el que algún hombre haya conseguido enfrentarse a ella impunemente, o en el que se haya podido descubrir a sus autores. Durante algunos años la organización floreció a pesar de los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos y de las mejores clases de la comunidad en el Sur. Finalmente, en el año 1869, el movimiento se derrumbó repentinamente, aunque desde esa fecha se han producido brotes esporádicos del mismo tipo".

"Observará usted -dijo Holmes, dejando el volumen- que la repentina disolución de la sociedad coincidió con la desaparición de Openshaw de América con sus documentos. Es muy posible que haya sido causa y efecto.

No es de extrañar que él y su familia tengan tras de sí a algunos de los espíritus más implacables. Puede comprender que este registro y este diario pueden implicar a algunos de los primeros hombres del Sur, y que puede haber muchos que no dormirán tranquilos por la noche hasta que se recuperen."

"Entonces la página que hemos visto-

"Es tal como podríamos esperar. Decía, si no recuerdo mal, 'envió las pepitas a A, B y C', es decir, les envió la advertencia de la sociedad. Luego hay anotaciones sucesivas de que A y B se fueron, o abandonaron el país, y finalmente que C fue visitado, con, me temo, un resultado siniestro para C. Bien, creo, doctor, que podemos dejar entrar algo de luz en este oscuro lugar, y creo que la única oportunidad que tiene el joven Openshaw mientras tanto es hacer lo que le he dicho. No hay nada más que decir ni que hacer esta noche, así que entrégame mi violín y tratemos de olvidar durante media hora el miserable clima y las formas aún más miserables de nuestros semejantes."

Había aclarado por la mañana, y el sol brillaba con un tenue resplandor a través del tenue velo que se cierne sobre la gran ciudad. Sherlock Holmes ya estaba desayunando cuando bajé.

"Me disculparé por no haberle esperado -dijo-; preveo que tendré un día muy ocupado investigando el caso del joven Openshaw.

"¿Qué pasos va a dar?" pregunté.

"Dependerá mucho de los resultados de mis primeras investigaciones. Puede que tenga que ir a Horsham, después de todo".

"¿No irá allí primero?"

"No, empezaré por la ciudad. Toque el timbre y la criada le traerá el café".

Mientras esperaba, levanté el periódico sin abrir de la mesa y le eché un vistazo. Se posó en un titular que me hizo sentir un escalofrío en el corazón.

"Holmes", grité, "llega usted demasiado tarde".

"¡Ah!", dijo él, dejando su taza, "me lo temía. ¿Cómo se hizo?" Habló con calma, pero pude ver que estaba profundamente conmovido.

"Mi ojo captó el nombre de Openshaw, y el título "Tragedia cerca del puente de Waterloo". Aquí está el relato:

"Entre las nueve y las diez de la noche pasada, el agente de policía Cook, de la División H, que estaba de servicio cerca del puente de Waterloo, oyó un grito de auxilio y un chapoteo en el agua. La noche, sin embargo, era extremadamente oscura y tormentosa, por lo que, a pesar de la ayuda de varios transeúntes, fue imposible efectuar un rescate. Sin embargo, se dio la alarma y, con la ayuda de la policía acuática, se recuperó el cuerpo. Resultó ser el de un joven caballero cuyo nombre, según se desprende de un sobre que se encontró en su bolsillo, era John Openshaw, y cuya residencia está cerca de Horsham. Se conjetura que pudo haber bajado apresuradamente para tomar el último tren de la estación de Waterloo, y que en su prisa y en la extrema oscuridad se perdió en el camino y caminó sobre el borde de uno de los pequeños lugares de desembarco para los barcos de vapor del río. El cuerpo no presentaba huellas de violencia, y no cabe duda de que el fallecido había sido víctima de un desafortunado accidente, que debería tener el efecto de llamar la atención de las autoridades sobre el estado de los embarcaderos fluviales". "

Permanecimos sentados en silencio durante algunos minutos, con Holmes más deprimido y conmocionado de lo que nunca le había visto.

"Eso hiere mi orgullo, Watson", dijo al fin. "Es un sentimiento mezquino, sin duda, pero hiere mi orgullo. Ahora se convierte en un asunto personal para mí, y, si Dios me envía salud, pondré mi mano sobre esta banda. Que venga a pedirme ayuda, y que yo lo mande a la muerte..." Se levantó de su silla y se paseó por la habitación con una agitación incontrolable, con un rubor en sus cetrinas mejillas y un nervioso cerrar y abrir de sus largas y delgadas manos.

"Deben ser unos demonios astutos", exclamó al fin. "¿Cómo han podido engañarle hasta allí? El Embankment no está en la línea directa de la estación. El puente, sin duda, estaba demasiado lleno, incluso en una noche como ésta, para su propósito. Bueno, Watson, ya veremos quién gana a la larga. Voy a salir ahora".

"¿A la policía?"

"No; yo seré mi propia policía. Cuando haya hilado la telaraña podrán llevarse las moscas, pero no antes".

Durante todo el día me dediqué a mi trabajo profesional, y ya era tarde cuando regresé a Baker Street. Sherlock Holmes aún no había regresado. Eran casi las diez cuando entró, con aspecto pálido y agotado. Se acercó al aparador y, arrancando un trozo de pan, lo devoró con voracidad y lo regó con un largo trago de agua.

"Tienes hambre", comenté.

"Me muero de hambre". Se me había olvidado. No he comido nada desde el desayuno".

"¿Nada?"

"Ni un bocado. No he tenido tiempo de pensar en ello".

"¿Y cómo lo has conseguido?"

"Bien."

"¿Tienes alguna pista?"

"Las tengo en el hueco de mi mano. El joven Openshaw no permanecerá mucho tiempo sin ser descubierto. Por qué, Watson, pongamos su propia marca diabólica sobre ellos. Está bien pensado!"

"¿Qué quieres decir?"

Cogió una naranja del armario y, rompiéndola en pedazos, exprimió las pepitas sobre la mesa. De ellas tomó cinco y las metió en un sobre. En el interior de la solapa escribió "S. H. para J. O.". Luego lo selló y lo dirigió al "Capitán James Calhoun, Barca Lone Star, Savannah, Georgia".

"Eso le esperará cuando entre en el puerto", dijo, riéndose. "Puede darle una noche de insomnio. Le parecerá un presagio tan seguro de su destino como lo fue Openshaw antes que él".

"¿Y quién es ese capitán Calhoun?"

"El líder de la banda. Tendré a los otros, pero él primero".

"¿Cómo lo rastreó, entonces?"

Sacó una gran hoja de papel de su bolsillo, toda cubierta de fechas y nombres.

"He pasado todo el día", dijo, "sobre los registros de Lloyd y los archivos de los viejos papeles, siguiendo la futura carrera de cada buque que tocó en Pondicherry en enero y febrero del 83. Hubo treinta y seis barcos de buen tonelaje que fueron reportados allí durante esos meses. De ellos, uno, el Lone Star, atrajo instantáneamente mi atención, ya que, aunque se informó que había salido de Londres, el nombre es el que se le da a uno de los estados de la Unión."

"Texas, creo".

"No estaba ni estoy seguro de cuál; pero sabía que el barco debía tener un origen americano".

"¿Entonces qué?"

"Busqué en los registros de Dundee, y cuando encontré que la barca Lone Star estaba allí en enero del 85, mi sospecha se convirtió en una certeza. Entonces indagué sobre los buques que se encontraban en ese momento en el puerto de Londres".

"¿Sí?"

"El Lone Star había llegado aquí la semana pasada. Fui al Albert Dock y descubrí que la marea temprana lo había llevado río abajo esta mañana, con destino a Savannah. Envié un telegrama a Gravesend y me enteré de que había pasado hace algún tiempo, y como el viento es del este, no tengo duda de que ahora ha pasado por Goodwins y no está muy lejos de la Isla de Wight."

"¿Qué vas a hacer, entonces?"

"Oh, tengo mi mano sobre él. Él y los dos compañeros son, según he sabido, los únicos nativos americanos en el barco. Los otros son finlandeses y alemanes. También sé que los tres estuvieron fuera del barco anoche. Lo supe por el estibador que ha estado cargando su carga. Para cuando su velero llegue a Savannah, el barco correo habrá llevado esta carta, y el cable habrá informado a la policía de Savannah de que estos tres caballeros son muy buscados aquí por un cargo de asesinato."

Sin embargo, siempre hay un fallo en el mejor de los planes humanos, y los asesinos de John Openshaw nunca recibieron los avisos de color naranja que les mostrarían que otro, tan astuto y decidido como ellos, estaba tras su pista. Aquel año los vendavales equinocciales fueron muy largos y severos. Esperamos mucho tiempo noticias de la Estrella Solitaria de Savannah, pero nunca nos llegó ninguna. Al final oímos que en algún lugar lejano del Atlántico se había visto un poste de popa destrozado de un barco balanceándose en la depresión de una ola, con las letras "L. S." grabadas en él, y eso es todo lo que sabremos jamás del destino del Lone Star.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**